

JAIME TELLO SE HA IDO

Poeta, escritor y hombre de patria americana*

Carlos Celis Cepero

Ensayista colombiano residente en Venezuela

Cuando las nuevas catedrales de la palabra y las ideas comenzaron a construirse sobre la inmensa interrogante de los tiempos modernos, y el mundo continental de la América de la libertad y los nuevos designios comenzó a sentir los primeros estremecimientos de la transformación que inició el derrumbe de su vocabulario y su gramática de asombros, encontramos al maestro Jaime Tello preparando las herramientas de su taller intelectual, en cuyos ámbitos comenzaba a gestarse la obra cultural de su vida de constructor, creador y artífice del tejido imaginativo de su música innovadora, con la cual ha venido acompañando sus pronunciamientos ideológicos de procurador y fabricante de sistemas y medios de comunicación espiritual, intelectual y material.

El universo que rodeaba su labor de investigador y administrador de los suelos artificiales de la poesía, se encontraba impregnado de los genios y los demonios que siempre ha escondido entre las grietas de su vocabulario, en donde también se ha dedicado a almacenar desde entonces, sus propios colores y texturas gramaticales, y toda la iluminación con que fabrica en el aire, las imágenes propicias a su labor vanguardista de ente anticipado a la realidad, en cuyos escenarios se acostumbró a construir con meditada exactitud, las estructuras fonéticas y los tejidos musicales, en donde los espacios virtuales parecen hacer estallar sus arsenales de nieblas y silencios, creando los nuevos vitrales que observamos en sus obras, con la óptica que nos ha transmitido a través de sus diseños de gramática y lenguaje.

Eran los tiempos en que la tierra americana se encontraba en las manos musicales de Borges y Neruda,

León de Greiff y Jorge Zalamea, en manos de los poetas y los hacedores del milagro político de edificar la Democracia en el alma de una federación de mundos en permanente frustración; la época del movimiento pendular entre la realidad y la utopía, entre el amor y el odio, entre los principios establecidos y las servidumbres liberadas, entre la ingenuidad y la indiferencia, entre la creación y la destrucción insólita; y en ese escenario de profetas y brujos, de víctimas y victimarios, y de creadores aislados en su mundo de sueños, el maestro Jaime Tello comenzó a trabajar en el discernimiento, en

la lógica, en lo que hacía falta para observar: en completar el mobiliario que debería poner a funcionar los inmensos espacios de la imaginación que se anunciaban en las entrañas de la sociedad que le servía de entorno nostálgico y utilitario, y al mismo tiempo de escenario donde debutaba a cada instante la indiferencia y la incompreensión.

Fue entonces cuando comenzó a desmenuzar el lenguaje y a inventariar el territorio del idioma enriquecido en las visiones subterráneas de un mestizaje, el cual había sostenido a través de los tiempos y las vicisitudes de la evolución, su identidad de sangres confundidas y genes sumergidos entre la vitalidad de las razas y la intemperancia telúrica del paisaje, y entre la palabra representativa de la alegría a lo Walt Whitman, y la angustia de un origen y un destino diseñados para la renunciación y el sufrimiento.

En ese proceso de indagar y aclarar los inicios, el maestro Jaime Tello se encontró con la confiscación que se había realizado en los espacios de la vida y la



* Leído en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), el 13 de noviembre de 1990

música, ubicado dentro de la ruptura que había arrancado al lenguaje nativo y hospitalario, las nuevas imágenes de su territorio de futuro y de presencia anunciadora. Y esa fué precisamente la tarea casi cósmica que emprendió el Maestro a través de los entrepaños de los días y los meses, sumergido en sus visiones de profeta y seductor de formas nuevas y matices distintos en la utilización de los vocabularios; artesano al fin y al cabo de una retícula entre la cual fué escondiendo sus hallazgos de creador y asistente de atardeceres, para en un momento dado hacerlos aparecer en su riqueza creadora de precursores de ideas, o en su gran indigencia dignificadora y estimulante de nuevas expresiones.

Así fué como el maestro Jaime Tello, con una paciencia que aprendió en los monasterios y en los brevarios religiosos, logró diseñar en el Espacio-Tiempo la ciudad contemporánea que todos conocemos a través de las imágenes que él dibuja con la claridad del carpintero y la exactitud de los antiguos fabricantes de relojes y máquinas para soñar despiertos, y encontrar en los sueños el origen vital de la existencia. Jaime Tello, queridos amigos y asistentes a esta ceremonia de la amistad, ha sido un constructor desde siempre hacia el futuro; su obra se ha caracterizado por una entrega absoluta a su tarea creadora, a su labor de investigación y análisis, a preparar de manera constante sus propios materiales de expresión, todos ellos extraídos de la observancia de la naturaleza y de sus semejantes, con la idea fundamental de mantener o iniciar, según el caso, el proceso de prospección de los nuevos principios.

De esta manera multiplicó las posibilidades del idioma, sin llegar al semillero prodigioso que puso a germinar León de Greiff en los predios cercanos al castellano como lengua, pero aproximándose seguramente, a lo que la propia evolución de los pueblos anticipa en sus definiciones sensoriales, expresivas y fonéticas, cuando en su afición innovadora establece vínculos y abre caminos alrededor de la presencia humana en el interior insondable de su mundo de sueños e ilusiones: en esa acción revolucionaria puesta al servicio de la imaginación y la sensibilidad organizadora de nuevas fuentes expresivas, le ha tocado asumir posiciones realmente originales por la sencillez con que las emplaza, no sólo al expropiar sustantivos, artículos y adverbios, sino al desnudar adjetivos e inclusive poner a germinar vocaciones de palabras y vocablos tendientes a incrementar

sus propias riquezas filológicas, reconciliándolos con la música de su estructura fonética, en un proceso donde la metamorfosis de los significados, adquiere la jerarquía de un oficio, en el cual las herramientas nacen de las combinaciones que él establece entre los símbolos de una grafía de mitos impregnada de música, humor y poesía.

En esta entrega permanente al oficio de edificar lo nuevo para enriquecer, clarificar y dignificar lo antiguo, al maestro Jaime Tello le ha tocado, como es apenas natural, toparse con la política y su maraña de derivaciones conceptuales, muchas de ellas obsoletas y extemporáneas, pero sin lugar a dudas útiles para desviar destinos y amortiguar catástrofes, sin que el significado de sus propósitos aflore en la piel sensible del dolor y de la frustración de los pueblos: también en esos menesteres ha sido una especie de pionero dentro del enjambre de encantadores de serpientes que en las plazas públicas han vendido la inocencia de las gentes de bien al mejor postor, o al más útil enterrador de posibilidades, ambiciones y esperanzas, dentro del lógico proceder de adormecer los ideales de las comunidades y los pueblos. El maestro Jaime Tello fue hace más de cincuenta años también un innovador en esa materia, ya que se apersonó en el campo de las ideas políticas, estableció plataforma ideológica, y anticipó principios utilitarios, no sólo para la mente y para el espíritu, sino para todos aquellos males ancestrales que han sostenido enfermo el cuerpo social de Colombia, manteniendo confundida su fe y su esperanza en aquellas inmensas neblinas con que adornan su oratoria de gritos los vendedores de los cielos azules de la Patria.

Esa incompreensión de un medio atosigado de mentiras, llevó al maestro a trasladarse a Venezuela con su bagaje de libros, familia e ilusiones, y a montar casa aparte de sus orígenes, conservando raíces y preceptos, savias y constelaciones de recuerdos, pero organizando en el exilio de sus afectos los nuevos directorios de sus vínculos, utilizando a tiempo todo lo que había ido acumulando en su mente y en su corazón, inventariando de nuevo el entorno, y hallando en estos predios de la hospitalidad fraternal, los elementos que por tanto tiempo había buscado para cristalizar una parte de sus aspiraciones intelectuales, y una buena porción de sus necesidades afectivas, que en el caso del maestro Jaime Tello, adquieren una significación de magnitudes planetarias.



Al lado de los suyos logró de manera ejemplar sobrevivir hasta el día de hoy en que cargado de recuerdos, sabiduría y buenos y nuevos propósitos, se apresta a continuar trajinando el camino, su propio camino, el que sin duda alguna lo llevará muy lejos, al lado de los grandes de América, en el contexto de los forjadores de la cultura latinoamericana e hispanoamericana, en compañía de todos aquellos que se han propuesto grandes metas y lo han logrado. Jaime Tello ha hecho posible que muchos de nosotros tengamos confianza en lo posible, ya que su obra comienza a adquirir el prestigio que su divulgación le otorga, y la profundidad que sus tesis y sus principios filosóficos le confieren en el panorama universal del pensamiento contemporáneo.

Como ustedes saben, el maestro Jaime Tello es uno de los grandes poetas de Colombia, de Venezuela y de América, es un filólogo de severas disciplinas, investigador de mente organizada y constructiva, un botánico de conocimientos profundos, cuya cercanía a la naturaleza y su amor por ella, lo ha hecho un intérprete cabal de su significado, su riqueza y sus enseñanzas. También es un historiador del alma de los pueblos del mundo, y en especial del pueblo americano, ya que para su vocabulario de poeta y artífice de músicas y pueblos, las fronteras sólo existen en los límites de la bondad, la amistad y la esperanza: ha sido precisamente por ello que el ardor de su creatividad se halla anclado en numerosas comunidades de este continente de la libertad y del futuro, y de que su palabra se agite con vigor en el oído de los habitantes de todas las latitudes que asisten al escenario geográfico de esta tierra de gracia, hoy concebida en su integración armónica y su espíritu solida-

rio y cooperativo, por todos los habitantes que como él, o yo, o todos ustedes, aspiran a que el siglo XXI los dote de las posibilidades para que en unión de nuestros pueblos y la estructuración de propósitos comunes, seamos más grandes, más comprensivos, y sobre todo más autónomos para la supervivencia y para la superación tecnológica, científica y cultural, que es lo que en conjunto nos hará más

nobles, más ilustrados y más fuertes espiritual y materialmente.

Al concluir estas palabras escritas al calor de los recuerdos, sólo me falta anotar que con el maestro Jaime Tello diseñamos en una oportunidad una ciudad habitada de sueños, en donde los espacios estaban destinados para alojar lo mejor del alma humana, lo mejor de la poesía y la música, lo más distinguido de las reservas del espíritu de los pueblos, y los jardines más extraordinarios de la naturaleza. Allí se recogían sus colores y sus perfumes, su luz de algarabía y ansiedades, y todas las sombras y penumbras que han hecho posible a través de los siglos la ceremonia maravillosa del amor. En esta ciudad como en todas las cosas pensadas, construidas, concatenadas y soñadas por ese maestro de la sabiduría y los alcoholes milenarios, se hallaba presente la amistad, esa cualidad fabulosa que hace al hombre mucho más hombre dentro de su honestidad espiritual, y a la sociedad mucho más digna de merecer el compartir sus horas de ocio, como las de esta noche, al lado de personajes de la categoría de Jaime Tello, a quien en esta oportunidad le testimoniamos admiración y afecto fraternal, otorgándole el título de Miembro Honorario del Centro Cultural Venezolano-Colombiano.

 Bojas Universitarias.....